

Walt Whitman, Sol Acín y Jorge Luis Borges



Walt Whitman, Sol Acín y Jorge Luis Borges comparten esta entrega. El eje de unión es el norteamericano a través de la poesía que ambos tres compartieron. Una pequeña biografía, la figura de Sol y su enamoramiento por la poesía de Walt Whitman que pretende transmitir a su amigo poeta Miguel Labordeta, Jorge Luis Borges con sus siempre luminosos análisis y con una traducción memorable, componen este cuadernillo. Con respecto a la traducción, hubo otras, como la de León Felipe que, además dio pie a controversias interesantes. Hemos dejado en el cajón muchos textos que en otro momento os ofreceremos en esta web-



La Mitología
baja en tropel la escalera.
Van quedando limpios los desvanes.
Los inocentes abundan más que niños.
Inocentes terribles.
Inocentes callados, y dolorosos, muertos.
Yo no soy uno de ellos.
Ser un testigo es poco valimiento.
Tener remansos es una vergüenza.
"Todo animal se busca su cobijo".
Algo más que animal. Pero no es cueva ni cobijo, ni choza, ni bastaría celda.

Ni la palabra basta, nunca basta frente al pedazo celular inerte. Justicia y sinrazón pasan de vuelo.

Estos versos forman parte del poema *Ni la palabra basta*, último del poemario *En ese cielo oscuro* publicado en 1979 por la editorial *Ámbito Literario* dirigida por Víctor Pozanco y libro del que Mercè Ibarz dijo brillantemente: *Un único libro no es mucha obra, cierto, pero puede ser toda una obra. En su caso, lo es.*

En tropel recordaba Sol que bajaban las escaleras con su hermana Katia cuando de niñas y de la mano de su madre Conchita, salían muchas veces de su hogar a la calle para ir de paseo.

Los años tristes de la orfandad oscense darían paso, al acabar el bachillerato, a los estudios universitarios de filología que transcurrieron en Madrid donde se alojó en la *Residencia de señoritas*, aquella institución, gemela de la masculina *Residencia de Estudiantes* y que tras el fin de la guerra y la instauración de la dictadura cambió de nombre a manos de la *Sección Femenina* de la fascista Falange Española. No era pues aquella brillante institución que fue faro de cultura en los pocos años democráticos anteriores, pero siguió reuniendo a una juventud femenina en parte hija de perdedores y que no había tenido que huir con su familia fuera de su patria. El exilio interior que sufrieron quienes aquí quedaron.

Y fue en esa residencia donde su pulsión poética fue plasmándose. Allí se hizo amiga de María Kusche, y también entró en contacto con Emilia Moliner, estudiante de filología inglesa (se especializó en literatura norteamericana v obtendrá una beca para continuar su labor como bibliotecaria en Nueva York)¹.Por esta última descubrió Sol al poeta Walt Whitman, a quien unos años después homenajearía con un poema publicado en la revista La Calandria. Ave de poesía, dirigida por Enrique Navarro Ramos, Carmen Sender -hermana pequeña de Ramón J. Sender y por tanto tía de Sol ya que otra hermana de Sender se había casado con Joaquín Monrás, hermano de su madre Conchita aunque la poca diferencia de edad casi las convirtió vitalmente en primas -, y José Mª Rodríguez Méndez.

El poema que Sol publicó en el nº 3 de *La Calandria*, revista que solamente sobreviviría unos meses.



Canto a Walt Whitman

¡Salut au Monde!, y el corazón abierto creciéndome en la palma de la mano. A ti Walt Whitman, me aproximo, y canto todo el misterio que nos ata al hombre.

Quiero soltarme con la frente limpia por las majadas que nos abre el pecho y deshacerme con los labios prietos sobre los cuerpos y las almas puras.

Quiero lanzarme intransigente y libre sobre las formas que nos dio la vida y abandonarme al rumoroso encanto de voces hondas y adherencias firmes.

Quiero entregarme a ti pausadamente, creciendo poco a poco entre la hierba para encontrar mi plenitud ansiada

He de entregarme a ti porque te quiero como un refugio inmenso y sosegado perdido y descubierto cada noche.

Porque te yergues vivo y lleno de Dios, me has llamado y respondo. Estoy contigo.

Sol Acín. Revista de poesía "La Calandria" nº 3. Barcelona, marzo, 1951





1 Emilia Moliner era sobrina de la lingüista María Moliner quien por aquellos años estaba realizando una tenaz labor que culminaría unos veinte años después con la publicación por la editorial Gredos (1966) de su *Diccionario de uso del español,* ensalzado por el Premio Nobel Gabriel García Márquez con estas palabras (*El País*, 9-02-1981)

María Moliner -para decirlo del modo más corto- hizo una proeza con muy pocos precedentes: escribió sola, en su casa, con su propia mano, el diccionario más completo, más útil, más acucioso y más divertido de la lengua castellana. Se llama Diccionario de uso del español, tiene casi 3.000 páginas en total, que pesan tres kilos, y viene a ser, en consecuencia, más de dos veces más largo que el de la Real Academia de la Lengua, y -a mi juicio- más de dos veces mejor.

Gran amiga de aquella fecha estudiantil y años posteriores fue María Kusche, también amiga de Moliner. En su estudio de Ismael Grasa sobre la poesía de Sol, (*Hora temprana. Poemas y cartas/Sol Acín.* PUZ, colección Larumbe, 2013), el autor recogió textos y poemas que Kusche guardaba y cuya existencia nos había comunicó a la Fundación.

Destacamos estas palabras de Ismael

...Otros autores que nombra Sol en sus cartas son Walt Whitman, a quien ya hemos hecho referencia, Rainer Maria Rilke y Miguel Hernández. Sol, movida por el entusiasmo que le produce Whitman, llega a copiar un fragmento largo de un poema de este autor en una de las cartas dirigidas a Miguel Labordeta. Pretende que Miguel, a quien admira y reconoce como poeta, sea más *divino* en sus poemas y deje de lado su parte más sarcástica, derrotista o teatral. Y para ello le aconseja la lectura de Whitman, con su tono celebratorio de la naturaleza y la amistad.

Madrid 21 de octubre de 1949 Querido Miguel: ¿No has leído las *Hojas de hierba* de Walt Whitman? Búscalo y descansa. Es eso lo que necesitas.

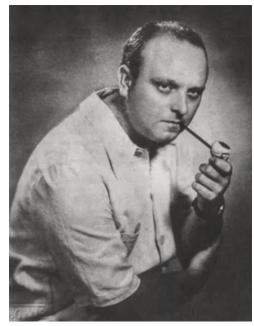
¡Oh espontaneidad, naturaleza! El amoroso día,
el sol que asciende, el amigo del cual me siento feliz;
el brazo de mi amigo perezosamente pasado sobre mi la colina que blanquea de flores de serbal espalda;
o, hacia el fin del otoño, se mancha de rojo, de amarillo,
de encendido rubio, de púrpura, de claro y sombrío verdor;
... Así, así sigue, sobre todas las cosas y las criaturas. La
vida vale mucho. Hay que dormir, comer y despertar.

despertar

¿No te das cuenta de lo que significa esa palabra? Volver a encontrar la vida. Cansancio y caída, descanso y después volver a despertar, porque siempre somos los mismos, siempre tenemos la muerte y la vida dentro, como un hermoso juguete de la suerte.

No sé, creo que no te he dicho nada. Yo sigo sin *concretar*, porque no tengo *de qué*. Somos una contradicción. Serénate.







Walt Whitman, el poeta de la libertad

Biografía extraído de la www.estandarte.com

El 31 de mayo de 1819 nacimiento de Walt Whitman, aquel poeta que, como dijo uno de sus primeros biógrafos, John Bourroughs, tuvo una vida "libre, no terrenal, sin prisas, sin egoísmos, anticonvencional, vivida contenta y alegremente".

Nació en 1819 en West Hills, un caserío rural de Huntington, en el centro de Long Island, Nueva York, a unos 70 km del centro de Manhattan. Su madre, Louisa van Velsor, era descendiente de inmigrantes holandeses y su padre, Walter Whitman, carpintero y granjero, fue un hombre de pensamiento liberal, con problemas con el alcohol, poco diestro en los negocios y ardiente americanista que llamó George Washington, Thomas Jefferson y Andrew Jackson a tres de sus ocho hijos.

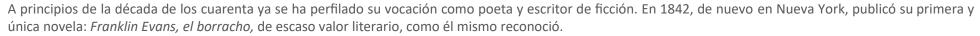
En 1823 la familia se mudó a Brooklyn. Whitman dejó pronto la escuela pública —apenas cursó seis años—, pero lo compensó con una formación autodidacta a base de visitas a museos, teatros, conferencias y sociedades de debate y a mucha lectura: la remuneración de su primer trabajo —chico de los recados para un despacho de abogados con apenas once años— incluía una suscripción gratuita a una biblioteca circulante.

De recadero pasa al oficio de impresor, que le permitió ponerse en contacto con el periodismo muy pronto (su primer artículo, publicado en *New York Mirror*, es de noviembre de 1833), al que de una manera u otra estará ligado durante buena parte de su vida: fundó un periódico y un semanario —con poca fortuna—, trabajó como cajista, como editor jefe, director..., y publicó relatos y poemas.

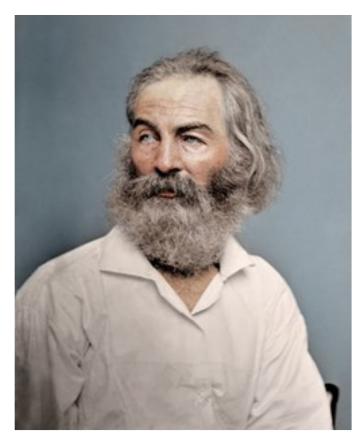
De sus numerosos trabajos –también hizo alguna incursión en el sector de la construcción– le despedían constantemente, si no era porque le consideraban un vago –prefería, de eso le acusaban, los paseos por el campo–, era porque se mostraba contrario a la esclavitud o porque descubrían el carácter "obsceno" de su obra.

En 1836 regresó a Long Island, ejerciendo como maestro. Como indica Eduardo Moga en su magnífica edición bilingüe de *Hojas de hierba* (Galaxia Gutenberg), ese fue un periodo desagradable para Whitman que rechazaba las aulas como lugar de aprendizaje y prefería la opción del pensamiento libre ins-

pirado en la naturaleza y en la propia interrogación de la conciencia ("plasmados con frecuencia en sus poemas").



En 1850 viaja a Nueva Orleans para trabajar como constructor con cuyas ganancias financiaría su gran obra. La primera edición de *Hojas de hierba* apareció en junio de 1855 con doce poemas y un prefacio. Él mismo diseñó el libro, lo sufragó y se afanó en su difusión, con poco éxito, lo que le llevó a intentarlo de nuevo un año después en una edición ya con 32 poemas e idéntico fracaso comercial. La tercera, sin embargo, ya en 1860 con 178 poemas organizados por temas y sufragada por unos editores de Boston (William Thayer y Charles Eldridge), le consolidó como poeta. En ella Whitman se calificaba como Mesías o Redentor.





En uno de los poemas, el *Canto de mí mismo* decía "Yo riego las raíces de todo lo que crece" o "Divino soy por dentro y por fuera, y santifico cuanto toco y me toca". Así que no choca el título que el escritor y crítico literario Toni Montesinos ha escogido para su biografía sobre Whitman, editada con Ariel: *El dios más poderoso. Vida de Walt Whitman.* "Omnipresente y omnipotente, plural e infinito, un pequeño dios que actúa de Poeta, un gran Poeta que actúa de Dios. Todo eso fue Walt Whitman", reza la sinopsis de esta obra que acaba de publicarse (abril 2019) y que bucea de forma exhaustiva en un personaje al que se reconoce creador de un nuevo lenguaje y capaz, según el título del prólogo, de hacer de uno mismo un tema literario. Lo que nos recuerda ese: "Camarada, esto no es un libro. Quien vuelve sus hojas toca un hombre", que escribía Whitman en su *Canto de adiós*.

De ese hombre, según citó el escritor Guillermo Nolasco Juárez, "cuentan que poseía una sorprendente estructura animal, buena y erguida cabeza; era huesudo, de paso atlético, costumbres frugales y comprometido con las más altas aspiraciones humanas; se decía de él que era un ciudadano ejemplar."

El 12 de abril de 1861 estalló la Guerra Civil, Whitman no se alistó, pero se implicó visitando a enfermos (en el pasado ya había tenido gestos como ese consolando en hospitales a cocheros y operarios de transbordador), trabajando como enfermero voluntario y desplazándose al campo de batalla en busca de uno de sus hermanos, George, que se había alistado en el ejército de la Unión. Igual que la emoción que le producían los paisajes de Long Island, del Misisipí o de los Grandes Lagos impregnó su poesía, también lo hizo el horror de la guerra. Con la contienda ya terminada, en mayo de 1865 publicó el opúsculo *Redobles de tambor* con los 53 poemas que escribió durante la guerra y versos estremecedores como estos de *Ven de los campos, padre:*

"Pero la madre necesita estar mejor. Enflaquecida, guarda luto. De día no toca la comida, y de noche duerme con sobresalto; [se despierta a menudo.

Se despierta llorando a medianoche, presa de un hondo anhelo: oh, si pudiera retirarse sin ser notada, dejar la vida en silencio, para seguir, para buscar, para acompañar a su querido hijo muerto".

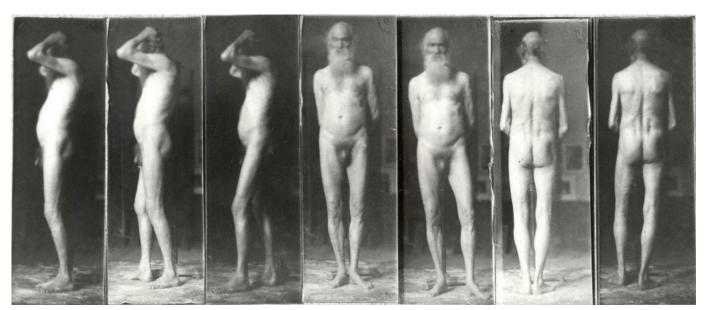
Este libro se incorporaría a *Hojas de hierba*, como también lo hizo *La última vez que florecie-* ron las lilas en el jardín, escrito como homenaje a Abraham Lincoln —por quien sentía gran admiración— asesinado en abril de 1865, y como lo fueron haciendo, en sus sucesivas edicio-

nes, otros escritos del poeta conformando esa obra inmensa que es, como afirmó Jorge Luis Borges, una epopeya de la democracia americana protagonizada por un héroe triple: el modesto periodista Walter Whitman, el hombre que quiso ser y no fue (un hombre de aventura y de amor, indolente, animoso, despreocupado, recorredor de América) y el cambiante y sucesivo lector. Hojas de hierba fue considerada obscena por un puritano (lo cual le costó a Whitman su empleo, como adelantamos), sufrió la amenaza de la censura en 1891, aunque esta solo logró auparla, y acompañó al poeta hasta su muerte: tras 33 años de publicaciones crecientes y parciales, en 1891 Whitman preparó la novena edición, que se publicaría pocos meses antes de su muerte el 26 de marzo de 1892 por una pleuresía en el lado izquierdo, una tuberculosis general y una nefritis parenquimatosa en su casa de Camden, que había comprado en 1884 y donde vivía atendido por amigos, ya que su estado de salud era delicado.

A pesar de las penurias económicas que atravesó en distintas etapas de su vida y de la falta de apoyo a su obra en otras, desde finales de la década de los sesenta empiezan a multiplicarse los reconocimientos, y no solo en su país, también en Inglaterra en donde cuenta con la admiración de Anne Burrows Gilchrist, Oscar Wilde o Edward Carpenter. José Martí, que fue el primero en acercar al mundo hispánico la poesía de Whitman, escribió sobre él en una carta al director de *La Nación* en 1887 estas palabras muy expresivas de lo que supuso la creación del norteamericano y con las que queremos celebrar su aniversario:

"El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde por la pujanza y extrañeza, a su cíclica poesía y a la humanidad nueva, congregada sobre un continente fecundo con tales portentos, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados.

Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre: trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto, y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido: trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas nuevas de la libertad a las ubres y pompas ciclópeas de la salvaje naturaleza: trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos."



Septeto fotográfico de un viejo de unos 70 años, obra de Thomas Eakins (1844-1916) realizada hacia 1885. Aseguraba el autor que era Walt Whitman y dado el parecido, las fechas y el concepto, es muy probable que fuese el poeta el retratado.

Walt Whitman

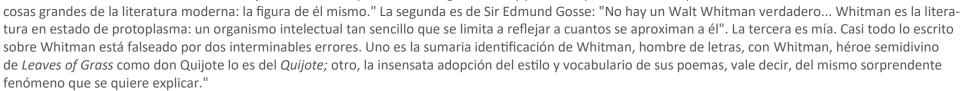


Nota sobre Walt Whitman

Jorge Luis Borges . Discusión (1932). Obras Completas. Volumen I. Círculo Lectores, 1992. Pgs. 277-280

El ejercicio de las letras puede promover la ambición de construir un libro absoluto, un libro de los libros que incluya a todos como un arquetipo platónico, un objeto cuya virtud no aminoren los años. Quienes alimentaron esa ambición eligieron elevados asuntos: Apolonio de Rodas, la primer nave que atravesó los riesgos del mar; Lucano, la contienda de César y de Pompeyo, cuando las águilas guerrearon contra las águilas; Camoens, las armas lusitanas en el Oriente; Donne, el círculo de las transmigraciones de un alma, según el dogma pitagórico; Milton, la más antigua de las culpas y el Paraíso; Firdusí, los tronos de los sasánidas. Góngora, creo, fue el primero en juzgar que un libro importante puede prescindir de un tema importante; la vaga historia que refieren las Soledades es deliberadamente baladí, según lo señalaron y reprobaron Cascales y Gracián (Cartas filológicas, VIII; El Criticón, II, 4). A Mallarmé no le bastaron temas triviales; los buscó negativos: la ausencia de una flor o de una mujer, la blancura de la hoja de papel antes del poema. Como Pater, sintió que todas las artes propenden a la música, el arte en que la forma es el fondo; su decorosa profesión de fe Tout aboutit à un livre parece compendiar la sentencia homérica de que los dioses tejen desdichas para que a las futuras generaciones no les falte algo que cantar (Odisea, VIII, in fine). Yeats, hacia el año mil novecientos, buscó lo absoluto en el manejo de símbolos que despertaran la memoria genérica, o gran Memoria, que late bajo las mentes individuales; cabría comparar esos símbolos con los ulteriores arquetipos de Jung. Barbusse, en L'enfer, libro olvidado con injusticia, evitó (trató de evitar) las limitaciones del tiempo mediante el relato poético de los actos fundamentales del hombre; Joyce, en Finnegans Wake, mediante la simultánea presentación de rasgos de épocas distintas. El deliberado manejo de anacronismos, para forjar una apariencia de eternidad, también ha sido practicado por Pound y por T. S. Eliot.

He recordado algunos procedimientos; ninguno más curioso que el ejercido, en 1855, por Whitman. Antes de considerarlo, quiero transcribir unas opiniones que más o menos prefiguran lo que diré. La primera es la del poeta inglés Lascelles Abercrombie. "Whitman —leemos— extrajo de su noble experiencia esa figura vivida y personal que es una de las pocas



Imaginemos que una biografía de Ulises (basada en testimonios de Agamenón, de Laertes, de Polifemo, de Calipso, de Penélope, de Telémaco, del porquero, de Escila y Caribdis) indicara que éste nunca salió de Ítaca. La decepción que nos causaría ese libro, felizmente hipotético, es la que causan todas las biografías de Whitman. Pasar del orbe paradisíaco de sus versos a la insípida crónica de sus días es una transición melancólica. Paradójicamente, esa melancolía inevitable se agrava cuando el biógrafo quiere disimular que hay dos Whitman: el "amistoso y elocuente salvaje" de *Leaves of Grass* y el pobre literato que lo inventó. Éste jamás estuvo en California o en Platte Cañón; aquél improvisa un apóstrofe en el segundo de esos lugares ("Spirit that formed this scene") y ha sido minero en el otro ("Starting from Pau-manok", 1). Éste, en 1859, estaba en Nueva York; aquél, el dos de diciembre de ese año, asistió en Virginia a la ejecución del viejo abolicionista John Brown ("Year of meteors"). Éste nació en Long Island; aquél también ("Starting from Paumanok"), pero asimismo en uno de los



estados del Sur ("Longings for home"). Éste fue casto, reservado y más bien taciturno; aquél efusivo y orgiástico. Multiplicar esas discordias es fácil; más importante es comprender que el mero vagabundo feliz que proponen los versos de *Leaves of Grass* hubiera sido incapaz de escribirlos.

Byron y Baudelaire dramatizaron, en ilustres volúmenes, sus desdichas; Whitman, su felicidad. (Treinta años después, en Sils-Maria, Nietzsche descubriría a Zarathustra; ese pedagogo es feliz, o, en todo caso, recomienda la felicidad, pero tiene el defecto de no existir). Otros héroes románticos —Vathek es el primero de la serie, Edmond Teste no es el último— prolijamente acentúan sus diferencias; Whitman, con impetuosa humildad, quiere parecerse a todos los hombres. *Leaves of Grass*, advierte, "es el canto de un gran individuo colectivo, popular, varón o mujer" (*Complete Writings*, V, 192). O, inmortalmente ("Song of Myself", 17):

Éstos son en verdad los pensamientos de todos los

hombres en todos los lugares y épocas; no son originales míos.

Si son menos tuyos que míos, son nada o casi nada.

Si no son el enigma y la solución del enigma, son nada.

Si no están cerca y lejos, son nada.

Éste es el pasto que crece donde hay tierra y hay agua,

Éste es el aire común que baña el planeta.

El panteísmo ha divulgado un tipo de frases en las que se declara que Dios es diversas cosas contradictorias o (mejor aún) misceláneas. Su prototipo es éste: "El rito soy, la ofrenda soy, la libación de manteca soy, el fuego soy" (Bhagavadgita, IX, 16). Anterior, pero ambiguo, es el fragmento 67 de Heráclito: "Dios es día y noche, invierno y verano, guerra y paz, hartura y hambre". Plotino describe a sus alumnos un cielo inconcebible, en el que "todo está en todas partes, cualquier cosa es todas las cosas, el sol es todas las estrellas, y cada estrella es todas las estrellas y el sol" (Enneadas, V, 8, 4). Attar, persa del siglo XII, canta la dura peregrinación de los pájaros en busca de su rey, el Simurg; muchos perecen en los mares, pero los sobrevivientes descubren que ellos son el Simurg y que el Simurg es cada uno de ellos y todos. Las posibilidades retóricas de esa extensión del principio de identidad parecen infinitas. Emerson, lector de los hindúes y de Attar, deja el poema Brahma; de los dieciséis versos que lo componen, quizá el más memorable es éste: When me they fly, I am the wings (Si huyen de mí yo soy las alas). Análogo, pero de voz más elemental, es Ich bin der Eine und bin Bade, de Stefan George (Der Stern des Bundes). Walt Whitman renovó ese procedimiento. No lo ejerció, como otros, para definir la divinidad o para jugar con las "simpatías y diferencias" de las palabras; quiso identificarse, en una suerte de ternura feroz, con todos los hombres. Dijo ("Crossing Brookling Ferry", 7):

He sido terco, vanidoso, ávido, superficial, astuto, cobarde, maligno; el lobo, la serpiente y el cerdo no faltaban en mí...

También ("Song of Myself", 33):

Yo soy el hombre. Yo sufrí. Ahí estaba.

El desdén y la tranquilidad de los mártires;

la madre, sentenciada por bruja, quemada ante los hijos, con leña seca;

el esclavo acosado que vacila, se apoya contra el cerco, jadeante, cubierto de sudor;

las puntadas que le atraviesan las piernas y el pescuezo, las crueles municiones y balas;

todo eso lo siento, lo soy.



Todo eso lo sintió y lo fue Whitman, pero fundamentalmente fue —no en la mera historia, en el mito— lo que denotan estos dos versos ("Song of Myself", 24):

Walt Whitman, un cosmos, hijo de Manhattan,

Turbulento, carnal, sensual, comiendo, bebiendo, engendrando.

También fue el que sería en el porvenir, en nuestra venidera nostalgia, creada por estas profecías que la anunciaron ("Full of life, now"):

Lleno de vida, hoy, compacto, visible,

vo, de cuarenta años de edad el año ochenta y tres de los Estados.

a ti, dentro de un siglo o de muchos siglos,

a ti, que no has nacido, te busco.

Estás leyéndome. Ahora el invisible soy yo,

ahora eres tú, compacto, visible, el que intuye los versos y el que me busca,

pensando lo feliz que sería si yo pudiera ser tu compañero.

Sé feliz como si yo estuviera contigo.

(No tengas demasiada seguridad de que no estoy contigo.)

O ("Songs of Parting", 4,5):

¡Camarada! Éste no es un libro;

el que me toca, toca a un hombre.

(¿Es de noche? ¿Estamos solos aquí?...)

Te quiero, me despojo de esta envoltura.

Soy como algo incorpóreo, triunfante, muerto.²

Walt Whitman, hombre, fue director del *Brooklyn Eagle*, y leyó sus ideas fundamentales en las páginas de Emerson, de Hegel y de Volney; Walt Whitman, personaje poético, las Dedujo del contacto de América, ilustrado por experiencias imaginarias en las alcobas de New Orleans y en los campos de batalla de Georgia. Un hecho falso puede ser esencialmente cierto. Es fama que Enrique I de Inglaterra no volvió a sonreír después de la muerte de su hijo; el hecho, quizá falso, puede ser verdadero como símbolo del abatimiento del rey. Se dijo, en 1914, que los alemanes habían torturado y mutilado a unos rehenes belgas; la especie, a no dudarlo, era falsa, pero compendiaba útilmente los infinitos y confusos horrores de la invasión. Aun más perdonable es el caso de quienes atribuyen una doctrina a experiencias vitales y no a tal biblioteca o a tal epítome. Nietzsche, en 1874, se burló de la tesis pitagórica de que la historia se repite cíclicamente (*Vom Nutzen und Na-chtheil der Historie*, 2); en 1881, en un sendero de los bosques de Silvaplana, concibió de pronto esa tesis (*Ecce homo*, 9). Lo tosco, lo bajamente policial, es hablar de plagio; Nietzsche, interrogado, replicaría que lo importante es la transformación que una idea puede obrar en nosotros, no el mero hecho de razonarla. Una cosa es la abstracta proposición de la unidad divina; otra, la ráfaga que arrancó del desierto a unos pastores árabes y los impulsó a una batalla que no ha cesado y cuyos límites fueron la Aquitania y el Ganges. Whitman se propuso exhibir un demócrata ideal, no formular una teoría.

Desde que Horacio, con imagen platónica o pitagórica, predijo su celeste metamorfosis, es clásico en las letras el tema de la inmortalidad del poeta. Quienes lo frecuentaron, lo hicieron en función de la vanagloria (*Not marble, not the gilded monuments*)⁴, cuando no del soborno y de la venganza; Whitman deriva de su manejo una relación personal con cada futuro lector. Se confunde con él y dialoga con el otro, con Whitman ("Salut au monde", 3):

¿Qué oyes, Walt Whitman?

Así se desdobló en el Whitman eterno, en ese amigo que es un viejo poeta americano de mil ochocientos y también su leyenda y también cada uno de nosotros y también la felicidad. Vasta y casi inhumana fue la tarea, pero no fue menor la victoria.



Notas

- 1 Reconocen muy bien esa diferencia Henry Seidel Canby (Walt Whitman, 1943) y Mark Van Doren en la antología de la Viking Press (1945). Nadie más, que yo sepa.
- 2 Es intrincado el mecanismo de estos apóstrofes. Nos emociona que al poeta lo emocionara prever nuestra emoción. Cf. estas líneas de Flecker, dirigidas al poeta que lo leerá, después de mil años:

O friend unseen, unborn, unknown, Student of our sweet English tongue Read out my words at night, alone: I was a poet, I was young.

- 3 Tanto difieren la razón y la convicción que las más graves objeciones a cualquier doctrina filosófica suelen preexistir en la obra que la proclama. Platón, en el *Parménides*. anticipa el argumento del tercer hombre que le opondrá Aristóteles; Berkeley (*Dialogues*, 3), las refutaciones de Hume.
- **4.** *Not marble, nor the gilded monuments,* verso de, soneto LV William Shakespeare:

Ni el mármol ni los regios monumentos son más indestructibles que estas rimas; tú brillarás en ellas cuando el tiempo desgaste, vil, las piedras que ahora brillan. Y si la guerra tumba las estatuas y las murallas ceden a la horda, ni el fuego atroz ni Marte con su espada impedirán que viva tu memoria. Harás frente a la muerte y al olvido y aumentarás tu crédito a los ojos de la posteridad, que sin respiro hace rodar al mundo ante su trono. Pues hasta que en el juicio te levantes, tú vivirás aquí y en los que se amen.

William Shakespeare. *Sonetos.* Edición bilingüe de Andrés Ebrenhaus. Círculo de Lectores, 2009, pgs 166-167



William Shakespeare. John Taylor- atribuido, 1610



Canto a mí mismo de Walt Whitman

Jorge Luis Borges .Traductor. Hojas de hierba. Ed. Harold W. Blodgett y Sculley Bradley, Nueva York 1965.

Yo me celebro y yo me canto,

Y todo cuanto es mío también es tuyo,

Porque no hay un átomo de mi cuerpo que no te pertenezca.

Indolente y ocioso convido a mi alma,

Me dejo estar y miro un tallo de hierba de verano.

Mi lengua, cada átomo de mi sangre, hechos con esta tierra, con este aire, Nacido aquí, de padres cuyos padres nacieron aquí, lo mismo que sus padres,

Yo ahora, a los treinta y siete años de mi edad y con salud perfecta, comienzo,

Y espero no cesar hasta mi muerte.

Me aparto de las escuelas y de las sectas, las dejo atrás;

me sirvieron, no las olvido;

Soy puerto para el bien y para el mal, hablo sin cuidarme de riesgos,

Naturaleza sin freno con elemental energía.

Creo en ti, mi alma, el otro que soy no se rebajará ante ti,

Y tú no te rebajarás ante él.

Tiéndete en el pasto conmigo, desembaraza tu garganta,

No son palabras, ni música, ni versos lo que preciso, ni hábitos, ni

discursos ni aun los mejores,

Sólo quiero el arrullo, el susurro de tu voz suave.

Recuerdo cómo nos acostamos una mañana transparente de estío,

Cómo apoyaste la cabeza sobre mis caderas y la volviste a mí dulcemente,

Y abriste mi camisa sobre el pecho y hundiste tu lengua hasta tocar mi corazón desnudo,

Y te estiraste hasta tocarme la barba, y luego hasta tocarme los pies.

Velozmente se irguieron y me rodearon el conocimiento y la paz que trascienden todas las discusiones de la tierra,

Y desde entonces sé que la mano de Dios ha sido prometida a la mía,

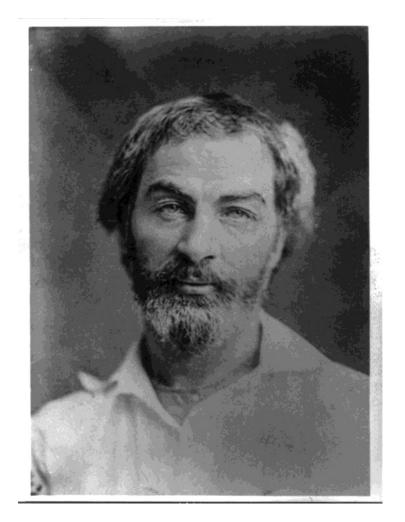
Y sé que el espíritu de Dios es hermano del mío,

Y que todos los hombres que han nacido son mis hermanos, y las mujeres mis hermanas y mis amantes,

Y que el sostén de la creación es el amor,

Y que son innumerables las hojas rígidas o que se curvan en los campos,

Y las negras hormigas en las grietas bajo las hojas,





Y las mohosas costras del seto, las piedras hacinadas, el saúco, la candelaria y la cizaña.

Soy el poeta del Cuerpo y soy el poeta del Alma, Los goces del cielo están conmigo y los tormentos del infierno están conmigo, Los primeros los injerto y los multiplico en mi ser, los últimos los traduzco a un nuevo idioma.

Soy el poeta de la mujer no menos que el poeta del hombre,

Y digo que es tan grande ser mujer como ser hombre,

Y digo que nada es mayor que ser la madre de los hombres.

Entono el canto de la exaltación o de la soberbia,

Ya estamos hartos de plegarias y de zalanderías,

Muestro que el tamaño no es más que crecimiento.

¿Has dejado atrás a los otros? ¿Eres el presidente?

Es una bagatela, cada uno de los otros te alcanzará y seguirá adelante.

Soy el que camina con la tierra y creciente noche,

Llamo a la tierra y al mar que abraza la noche.

Abrázame, noche de senos desnudos, abrázame, noche magnética y fecunda,

Noche de los vientos del sur, noche de las estrellas grandes y escasas,

Noche serena que me llama, loca y desnuda noche de estío.

Sonríe, tierra voluptuosa de fresco aliento,

Tierra de los árboles dormidos y húmedos,

Tierra del sol que ya se ha ido, tierra de las montañas de cumbre nebulosa,

Tierra del cristalino fluir de la luna llena, apenas tocada de azul,

Tierra del brillo y de la sombra manchando la corriente del río,

Tierra del gris límpido de las nubes que resplandecen y se aclaran para que yo no las vea,

Tierra yacente y extendida, rica tierra de azahares Sonríe, porque llega tu amante.

Pródiga me has dado tu amor, te doy pues mi amor,

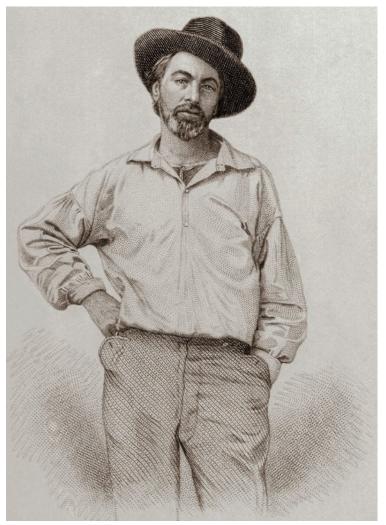
Mi apasionado amor indecible.

Walt Whitman, un cosmos, de Manhattan el hijo,

Turbulento, carnal, sensual, comiendo, bebiendo, engendrando,

Ni sentimental, ni sintiéndome superior a otros hombres y mujeres, ni alejado de ellos,

No menos modesto que inmodesto.





¡Arrancad los cerrojos de las puertas! ¡Arrancad las puertas de los goznes!

El que degrada a otro me degrada,

Y todo lo que se dice o se hace vuelve a mí al fin.

A través de mí surge y surge la voluntad creadora, a través de mí, el torrente y el índice.

Digo el primordial santo y seña, hago el signo de la democracia, ¡Por Dios! No aceptaré nada que no sea ofrecido a los demás en iguales condiciones.

Muchas voces largo tiempo calladas brotan de mí, Voces de las interminables generaciones de prisioneros y de esclavos,

Voces de los enfermos y de los inconsolables, de los ladrones y de los enanos, Voces de ciclos de preparación y de crecimiento,

De los hilos que unen a las estrellas, y de los vientres, y de la simiente paterna,

Y del derecho de aquellos a quienes oprimen los otros, De los deformes, triviales, simples, tontos y despreciados, De neblina en el aire, de escarabajos arrastrando bolas de estiércol. Brotan de mí voces prohibidas,

Voces del sexo y del apetito, voces veladas y yo aparto el velo,

Voces indecentes clarificadas y transfiguradas por mí.

Yo me cubro la boca con la mano,

Me conservo tan puro en las entrañas como en la cabeza y en el corazón, La cópula no es para mí más vergonzosa que la muerte.

Creo en la carne y en los apetitos,

Ver, oír, tocar, son milagros, y cada parte de mí es un milagro.

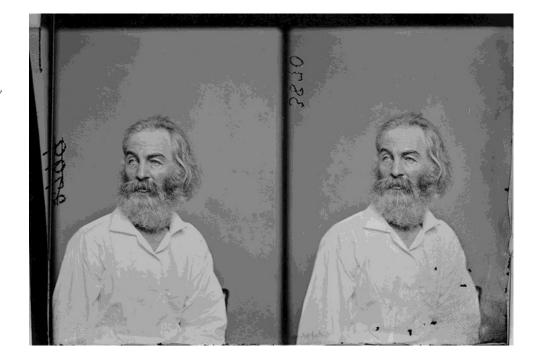
Divino soy por dentro y por fuera, y santifico todo lo que toco y me toca, El aroma de estas axilas es más fino que las plegarias, Esta cabeza es más que las iglesias, las biblias y todos los credos.

Si algo hay que yo venero más que las otras cosas, ese algo es la extensión de mi cuerpo y cada una de sus partes,

Traslúcida arcilla de mi cuerpo, ¡tú lo serás!

Tú, mi rica sangre, tú líquido lechoso, pálido extracto de mi vida.

Pecho que oprimes otros pechos, ¡tú lo serás!





¡Cerebro serán tus circunvoluciones ocultas!

Raíz lavada del junco oloroso, becada medrosa, nido recatado de los huevos gemelos, jvosotros lo seréis!

Heno mezclado y revuelto de la cabeza, barba, cejas, ¡vosotros lo seréis! Savia que goteas del arce, fibra del noble trigo, ¡vosotros lo seréis! Sol generoso, ¡tú lo serás!

Nubes que ilumináis y oscurecéis mi rostro, ¡vosotros lo seréis! Sudorosos arroyos y rocíos, ¡vosotros lo seréis!

Vientos que me rozáis, frotando contra mí vuestros genitales, jvosotros lo seréis!

Amplios campos musculares, ramas de encina, amoroso holgazán de mi sendero tortuoso ivosotros lo seréis!

Manos que he tomado, rostros que he besado, mortal a quien toqué alguna vez, ¡vosotros lo seréis!

Estoy enamorado de mí, hay tantas cosas en mí que son tan deliciosas, Cada momento y todo lo que ocurre me llena de alegría, No sé cómo se doblan mis tobillos, ni la causa del más leve de mis deseos, Ni de la amistad que suscito, ni de las amistades que me devuelven.

Al subir por las escaleras me detengo a reflexionar si no estoy soñando, La madreselva en la ventana me satisface más que la metafísica de los libros.

¡Contemplar el amanecer!

La escasa luz que va borrando las sombras inmensas y diáfanas, El sabor del aire es grato a mi paladar.

Retoños del cambiante mundo ascienden silenciosos en un juego inocente, fresco sudor,

Oblicuamente errando por todos lados.

Algo invisible está proyectando libidinosos dardos, Torrentes de brillante zumo inundan el cielo.

La tierra por el cielo invadida, la cotidiana consumación de su boda, El desafío del oriente sobre mi cabeza,

La burla mordaz: ¡Ya veremos quién es el amo!





Creo que una hoja de hierba no es menos que el camino recorrido por las estrellas, Y que la hormiga es perfecta, y que también lo son el grano de arena y el huevo del zorzal,

Y que la rana es una obra maestra, digna de las más altas,

Y que la zarzamora podría adornar los salones del cielo,

Y que la menor articulación de mi mano puede humillar a todas las máquinas,

Y que la vaca paciendo con la cabeza baja supera a todas las estatuas,

Y que un ratón es un milagro capaz de confundir a millones de incrédulos.

Siento que en mi ser se incorporan el gneis, el carbón, el musgo de largos filamentos, las frutas, los granos, las raíces comestibles, Y que estoy hecho de cuadrúpedos y de pájaros,

Y que puedo recuperar cuanto he dejado atrás,

Pero que puedo hacerlo volver cuando se me antoje.

En vano la timidez o la prisa,

En vano las rocas incandescentes arrojan sobre mí su antiguo calor,

En vano el mastodonte se oculta detrás del polvo de sus huesos,

En vano los objetos se alejan leguas y leguas y toman muchas formas,

En vano el mar se oculta en las cavernas donde tienen su guarida los monstruos,

En vano el buitre tiene por morada el cielo,

En vano la serpiente se desliza entre las lianas y los troncos,

En vano el alce busca las honduras recónditas de la selva,

En vano el cuervo marino tiende el vuelo hacia el norte,

hacia el Labrador,

Lo sigo velozmente, trepo al nido que está en la grieta del peñasco.

¿Quién es este salvaje amistoso y gárrulo?

¿Espera la civilización, o la ha dejado atrás y la ha dominado?

¿Es un hombre del sudoeste y ha sido criado a la intemperie? ¿Es un canadiense?

¿Viene de las tierras del Mississippi, de Iowa, de Oregon, de California?

¿De la montaña, de las praderas, de los bosques, o un marino del mar?

Dondequiera que vaya, los hombres y las mujeres lo desean y lo aceptan,

Quieren que los quiera, que los toque, que les hable, que se quede con ellos.

Obra sin ley, como los copos de nieve, sus palabras son simples como la hierba, el pelo despeinado, risas e ingenuidad. Lento el andar, comunes las facciones, emanando sencillez y modestia,





Brotan de un modo nuevo desde las puntas de los dedos, Flotan en el aire con el olor de su cuerpo o de su aliento, salen de la mirada de sus ojos.

Me ha tocado en suerte, lo sé, lo mejor del tiempo y del espacio; nunca he sido medido y no seré medido jamás.

El viaje que emprendo es eterno (¡que todos me oigan!). Mis signos son un capote contra la lluvia, fuertes zapatos y un bastón cortado en el bosque,

En mi silla no sestean los amigos,

No tengo cátedra ni iglesia ni filosofía,

No llevo a ningún hombre a una mesa puesta, a la biblioteca, a la bolsa, Pero a cada uno de vosotros, hombre o mujer, lo llevo a una cumbre, Mi brazo izquierdo ciñe tu cintura,

Mi derecha señala los continentes y el gran camino.

Ni yo ni ningún otro puede andar por ti ese camino, Eres tú quien debe andarlo.

No queda lejos, está a tu alcance, Quizá estabas en él desde que naciste y no lo has sabido, Quizá esté en todas partes, en mar y en tierra.

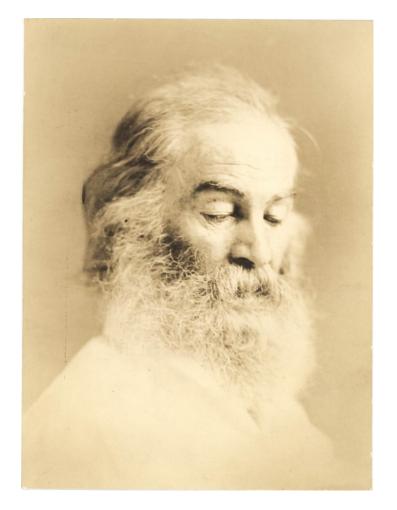
Échate tus prendas al hombro, hijo mío, y yo traeré las mías y apresurémonos; Ciudades prodigiosas y naciones libres nos saldrán al paso.

Si te cansas, dame las dos cargas y apoya tu mano en mi cadera, Y a su debido tiempo me devolverás el mismo servicio, Porque ya emprendida la marcha nunca descansaremos.

Esta mañana, antes del alba, subí a una colina para mirar el cielo poblado, Y le dije a mi alma: cuando abarquemos esos mundos, y el conocimiento y el goce que encierran, ¿estaremos al fin hartos y satisfechos? Y mi alma dijo: No, una vez alcanzados esos mundos proseguiremos el camino. Tú también me interrogas y yo te escucho,

Contesto que no puedo contestar, tú mismo debes encontrar la respuesta. Siéntate un momento, hijo mío,

Aquí tienes pan para comer y leche para que bebas,





Pero después de haber dormido y haber cambiado de ropa te beso con el beso del adiós y te abro la puerta para que salgas.

Demasiado tiempo has perdido en sueños deleznables,

Ahora te quito la venda de los ojos,

Debes acostumbrarte al brillo de la luz y de cada momento de tu vida.

Demasiado tiempo has vadeado, asido a una tabla en la orilla,

Ahora quiero que seas un nadador, que te arrojes al mar, que reaparezcas, que me hagas una seña, que grites y que agites el agua con tus cabellos.

Dije que el alma no es más que el cuerpo,

Y dije que el cuerpo no es más que el alma,

Y que nada, ni Dios, es más que uno mismo,

Quien camina una milla sin amor, se dirige a su propio funeral

envuelto en su propia mortaja;

Y yo y tú, sin tener un centavo, podemos comprar lo más precioso de la tierra,

Y la mirada de unos ojos o una arveja en su vaina confunden la sabiduría de todos los tiempos,

Y no hay oficio ni profesión en los cuales el joven que los sigue no pueda ser un héroe,

Y no hay cosa tan frágil que no sea el eje de las ruedas del universo,

Y digo a cualquier hombre o mujer: que tu alma esté serena y en paz ante millones de universos.

Y digo a la Humanidad: No hagas preguntas sobre Dios,

Porque yo que pregunto tantas cosas, no hago preguntas sobre Dios,

(No hay palabras capaces de expresar mi seguridad ante Dios y la muerte.)

Escucho y veo a Dios en cada cosa, pero no lo comprendo en lo más mínimo,

Ni comprendo cómo pueda existir algo más prodigioso que yo mismo.

¿Por qué desearía yo ver a Dios mejor que en este día?

Algo veo de Dios en cada hora de las veinticuatro y en cada uno de sus minutos,

En el rostro de los hombres y de las mujeres veo a Dios, y en mi propio rostro en el espejo;

Encuentro cartas de Dios tiradas por la calle y su firma en cada una,

Y las dejo donde están porque sé que dondequiera que vaya,

Otras llegarán puntualmente.

